

la venganza. Toneladas de odio contra padres, amantes, maridos, hijos, amigos (ponga usted el femenino donde desee) aplastan las manos al pasar las hojas. Y ese odio escruta cada gesto inútil, cada frase vacía, cada falsa compasión, cada hipocresía, cada seducción, hasta reducir nuestra conducta a una mala imitación de nosotros mismos. Como el lector ya habrá adivinado, los libros de Doris Lessing son perfectos para regalar a según qué conocidos y familiares. ■ FELIX DE AZUA.

## El mundo de la mujer, la clave de la locura

Ha llegado el momento de hacer una revelación sensacional: las mujeres existen. Y existen, desde luego, como inventos, como monstruos creados por una sociedad sexista que toma a un ser humano y, desde su nacimiento, lo va sometiendo a condicionamientos sin cuento para que funcione y cumpla un determinadísimo papel. No solamente el de madre, educadora, transmisora de valores eternos y en algunos casos tijera castradora cuyo lugar está en el gabinete del doctor Freud; la mujer es más cosas: es una zona en el espacio que conviene limpiar, desodorizar hasta en sus partes más ocultas y replegadas, medir y controlar para matar en ese espacio cualquier atisbo de espontaneidad, de crecimiento incontrolado, de vida; un objeto constructor de complicadas joyas gastronómicas —el amor de la mujer entra por el estómago—, siempre dispuesta a convertir al macho dominante en satisfecha boa constrictor, capaz sólo para el sopor de la genésica siesta; un ser cuyos orificios —boca, ano, y en último caso (sólo en caso de urgencia o de necesidad de la especie) incluso el sexo— sirven casi exclusivamente para introducir por ellos un falo al que sirven de refugio —podría decirse que el falo es mordaza, que impide el discurso de la "bestia llamada mujer", como diría T. Moix— y de solaz; un animal sorprendente, contradictorio y,

por encima de todo, desnaturalizado.

Algunos de estos animales desnaturalizados, fotografiados y envueltos en celofán, tiene a veces la osadía de rebelarse contra su en apariencia cómoda condición de ginoides. Tratan de hablar —no con la vagina, como en la famosa película, sino de verdad; con la boca o con la máquina de escribir—.

Inmediatamente, todo el aparato sexista se vuelca contra ellas para ridiculizarlas; y conste que digo sexista, no machista: el macho es otro invento artificial. El aparato sexista trata de callar, desde su máquina de muerte, cualquier discurso natural, bien sea por el ridículo, bien por otras armas más sutiles: obligando a la mujer —o al homosexual, o a cualquiera que

se rebele contra la rígida división de funciones— a adoptar la misma forma de discurso sexista de sus contrarios. Y de ese modo funcionan la mayor parte de organizaciones feministas: o se convierten en parodias de sí mismas, y proponen soluciones disparatadas como la castración de todos los machos, o adoptan un vocabulario y unas formas de actuación calcadas de los

## ADIOS A LAS LETRAS

### Ven a prohibir

*Los dirigentes autoritarios de este país siguen padeciendo la funesta manía de prohibir. Debían darles urbanizaciones vírgenes para que saciaran esa necesidad colocando señales de prohibición en todas las calles. Lo suyo es prohibir, porque ellos creen que el resto del país está dedicado en cuerpo y alma a transgredir.*

*Se equivocan: transgreden ellos. Agreden ellos. Contra la primera condición vital contra la que se manifiestan es la condición del tiempo. No viven en su tiempo, sino que flotan en una especie de nube nostálgica en la que habita un vocabulario presidido por un "no" conservador. Sus manos andan crispadas permanentemente por culpa del alcanfor del escándalo. Tienen la pituitaria sensible. Cualquier día volverán a morir de rabia porque el tiempo no lo podrán prohibir.*

*Lo último que prohibieron aquí es lo que ellos mismos vetan en Londres, cuando se escapaban con sus acompañantes a burlarse un poco de su circunspección y de su monotonía. Prohibieron Ven a disfrutar, una obra menor, un divertimento, una nada para contentar a ociosos, porque creen que así defienden a la civilización cristiana de los múltiples peligros que la persiguen. En realidad, la prohibieron para contentarse, tras el verano de crápulas que habrán llevado en sus yates, acompañados del alcohol, la mirada lasciva y la mente calenturienta. Cuando llegan a Madrid es otra cosa: comienzan un vía crucis doloroso, recorren todos los espectáculos y se dedican a librar al prójimo de las tentaciones. La tentación del prójimo no existe, pero ellos la tienen que inventar para curarse de los pecados veraniegos.*

*Un día van a levantarse sin nada que prohibir y van a fijarse en la televisión. ¿Cómo se atreve Isabel Tenaille, dirá la santa esposa, que es la que al fin y al cabo prohíbe, a llevar esos escotes que hacen que hasta el lunar más cercano a su pecho aparezca orondo en la pantalla de color? Luego le prohibirán a "La clave" traer a su espacio a Cohn-Bendit o a un homosexual. Prohibirán todo con un frenesí irremediable. Enviarán notas de inserción obligatoria en los periódicos y descubrirán, de nuevo, que el fútbol es el mejor alimento espiritual de las almas hispanas, esta sangre fecunda que se pudre junto a Gibraltar por culpa de la permisividad que*



Francisco García Salvo.

Portugal permitió que nos entrara hasta poco después de la revolución de los claveles.

Mencionan a Dios como ser que les obliga a ejercer la represión con saña cristiana, con mentalidad firme y fría, con ánimo invariable. Si no tuvieran a Dios, tendrían que inventarlo. Julio Merino, el director del periódico fascista "El Imparcial" —Merino, por cierto, se parece cada día más a Antonio Gibello, un ilustre predecesor suyo—, Merino, digo, acostumbra a afirmar en sus conversaciones privadas que si su diario no tuviera al "cura Paco" —Francisco García Salvo—, miembro de Comisiones Obreras, entre sus colaboradores, "tendría que inventarlo". García Salvo es la justificación del señor Merino para mantener la línea de su diario ultraderechista. Cuando los lectores provincianos de "El Imparcial" polemizan con sus colegas de casino sobre el derechismo del papel, sólo tienen que esgrimir la efigie del "cura" para justificar la "imparcialidad" del invento.

A todos los represores les pasa lo mismo. Franco tenía el fantasma judeomasónico. Los actuales represores, los que prohíben sin tasa para seguir viviendo en la paz de la nada, utilizan una quintaesencia más pura: usan a Dios. Un día, Dios se les va a cansar. ■ SILVESTRE CODAC.